

Un antiguo etarra muerto de infarto en su cama cuando mantenía relaciones sexuales. Un misionero vasco asesinado por paramilitares en la selva colombiana. Un vietnamita que se inmola a lo bonzo en Biarritz. Un brigadista que perdió la vida por la explosión de una mina en Nicaragua. Dos profesionales de la medicina que atienden a la guerrilla salvadoreña muertas por el ejército de ese país. Un exmiembro de ETA que se suicida en Estados Unidos. Un ahogado cuando se bañaba en las playas de Cabo Verde. Un 'sin techo' apaleado hasta la muerte por unos jóvenes en Getxo. Un jefe etarra que se mata al caerse del tejado de una casa en Medea (Argelia) donde estaba colocan-

FLORENCIO DOMÍNGUEZ

VÍCTIMAS QUE NO SON



do una antena de televisión.

¿Qué tienen en común todas estas personas, aparte del hecho de haber perdido la vida? Pues que, según la izquierda abertzale, son «víctimas de la represión de los Estados» o «por razones relacionadas con el conflicto», y por eso las han incluido en un listado con 475 nombres que quieren contraponer a los asesinados por ETA para extender la

idea de que ha habido víctimas por las «dos partes» y que, por tanto, las responsabilidades de unos neutralizan las de otros.

La izquierda abertzale pretende hacer pasar por víctimas a 46 terroristas que murieron por la explosión de sus propias bombas, a 60 fallecidos en accidentes de tráfico -14 de ellos familiares o amigos de presos-, a 30 suicidas, a 60 fallecidos por enferme-

dades naturales y a otros 66 que perdieron la vida en enfrentamientos con las fuerzas de seguridad, entre otros casos. A buen seguro que la izquierda abertzale no considera «víctimas del conflicto» a los policías que se han quitado la vida en el País Vasco.

«No llamemos víctimas a los que no lo son», ha escrito el que fuera rector de la UPV-EHU Pello Salaburu en las páginas de EL CORREO. «No son víctimas del terrorismo quienes han perdido la vida en accidente cuando iban a visitar a los suyos a la cárcel o los policías que han podido perder las suyas en accidentes en Euskadi».

Al calificar de víctimas de los Estados a muchas personas que sólo han sido víctimas de su propia actividad terrorista, de la en-

fermedad o de accidentes azarosos, se pierde legitimidad para denunciar y protestar por otras muertes que sí son denunciadas, como las de las 73 personas fallecidas en atentados de grupos como los GAL o el Batallón Vasco Español, entre otros. O por actuaciones policiales indebidas como los fallecidos en controles o en manifestaciones, la mayor parte de ellos en época franquista o en los años de la Transición, o los que sufrieron malos tratos o torturas durante su detención. Pero, en todo caso, la existencia de todas estas últimas víctimas no aporta ni un gramo de justificación a la historia de ETA ni difumina sus responsabilidades. Un Día de la Memoria tan confuso como hoy debería servir, sobre todo, para recordar esto.